



Guía de lectura

Lydia Cacho

Un halcón bajo  
mi ventana



Penguin Club de lectura

## LA OBRA

En el México convulso de finales de los años sesenta, Julieta, una adolescente de catorce años, inicia un despertar que transformará para siempre su manera de entender el mundo. Crece en el seno de una familia marcada por tensiones ideológicas: su madre, Clara, es una psicóloga brillante y combativa que defiende los derechos de las mujeres, heredera de la memoria del exilio español; su padre, Fernando, arrastra el peso de una tradición militar conservadora que lo coloca en constante conflicto entre la lealtad familiar y el amor hacia su esposa y su hija.

Mientras la música, la revolución sexual y las ideas feministas comienzan a permear la vida urbana, Julieta se ve arrastrada al corazón de la agitación política cuando acompaña a su madre a las movilizaciones estudiantiles. Los acontecimientos del 2 de octubre de 1968 y la represión del 10 de junio de 1971 marcan un antes y un después en su vida: la violencia del Estado irrumpe de forma brutal en su adolescencia, que-

brando su inocencia y obligándola a mirar de frente la complejidad del poder.

A lo largo de siete años decisivos, Julieta se convierte en testigo y participante de encuentros clandestinos donde mujeres latinoamericanas (algunas de la talla internacional de Elena Garro, Oriana Fallaci, Alaíde Foppa o Leonora Carrington) organizan su resistencia. En esos espacios descubre no solo la lucha contra un sistema autoritario, sino también las contradicciones dentro de los propios movimientos progresistas, atravesados por el machismo.

Entre la ternura y la rabia, el amor y la pérdida, Julieta construye su identidad mientras aprende que la rebeldía también puede ser un acto profundamente humano. Su historia es un viaje íntimo hacia la conciencia, donde la amistad y la solidaridad se vuelven herramientas de transformación. Esta novela traza, con sensibilidad y fuerza, el retrato de una generación que encontró en la resistencia una forma de crecer y de imaginar un futuro distinto.

## CLAVES DE LA OBRA

Tras consolidarse como una de las voces más valientes del periodismo y la literatura contemporánea, Lydia Cacho da un nuevo paso en su trayectoria con *Un halcón bajo mi ventana*, una novela que condensa décadas de compromiso con los derechos humanos y la defensa de las mujeres. Reconocida internacionalmente por su labor investigativa y por una obra traducida a múltiples idiomas, Cacho traslada ahora su mirada crítica y profundamente humana al terreno de la ficción, sin abandonar las obsesiones que han definido su escritura: la justicia, la memoria y la dignidad.

A lo largo de su carrera, ha explorado desde distintos géneros —poesía, ensayo y narrativa— las violencias estructurales que atraviesan nuestras sociedades, así como las posibilidades de resistencia colectiva. En esta nueva novela, esas preocupaciones se entrelazan con una apuesta estética que privilegia la ternura como fuerza transformadora. La autora construye un relato donde lo íntimo y lo político se funden, dando lugar a una

historia que ilumina los vínculos entre generaciones de mujeres que luchan, aprenden y se acompañan.

En el plano formal, *Un halcón bajo mi ventana* continúa la búsqueda constante de nuevas formas de narrar que caracteriza la obra de Lydia Cacho. Aquí, el lenguaje se convierte en un espacio de cuidado y revelación, donde la experiencia personal dialoga con las heridas sociales. La memoria no aparece solo como un ejercicio de evocación, sino como una herramienta para resignificar el pasado y proyectar futuros más libres.

La novela traza así un mapa emocional y político en el que la resistencia expresa no solo la denuncia, sino también la construcción de los afectos, los saberes compartidos y las redes de apoyo. Inspirada por una ética feminista que apuesta por el acompañamiento y la autonomía, Cacho propone una narrativa que invita a pensar el cambio a la vez como confrontación y como un acto profundo de amor y de confianza en las generaciones venideras.

## LA CONFECCIÓN DE LA IDENTIDAD

A través de su despertar adolescente, Julieta, el personaje protagonista, se enfrenta a un entorno donde las certezas se desmoronan: las tensiones ideológicas entre sus padres introducen en el ámbito íntimo una fractura que condiciona su manera de entender el mundo y de situarse en él. Todo ello en un contexto atravesado por la violencia política, los conflictos familiares y la efervescencia de los movimientos sociales.

En ese proceso, la identidad no aparece como algo dado, sino como una búsqueda constante, moldeada tanto por la experiencia personal como por el contacto con lo colectivo. La participación en movilizaciones estudiantiles y su cercanía a espacios de resistencia feminista permiten descubrir nuevas formas de pensamiento, pero también las contradicciones internas de esos movimientos, lo que complejiza aún más su mirada.

Entre la ternura y la rabia, la protagonista aprende que construirse implica negociar con la pérdida de la inocencia, con las expectativas sociales y con sus propios deseos. Así, la novela propone la identidad como un territorio en disputa, donde la rebeldía, los vínculos afectivos y la solidaridad se convierten en herramientas esenciales para imaginar otras formas de ser y habitar el futuro.

«Creo que hoy se terminó mi infancia. Las niñas del colegio dicen que se termina cuando tienes sexo, o cuando te besan por primera vez. Para mí la infancia se termina un día como hoy, cuando descubres que en tu país te pueden matar o desaparecer por pedir la libertad; cuando te das cuenta de que tu familia está en peligro y que otra parte de tu familia está en el bando de los peligrosos.

La infancia se muere cuando comienza la guerra porque descubres que tienes voz y a los poderosos no les gustan las niñas que dicen lo que piensan cuando descubren la injusticia» (p. 36).

«—A sacar el miedo, niña, que solo quede la pena.

—¿Y qué hago con la pena, doña Sabina?

—Acurrucarla en tus manos, dile que la sientes adentro, que ya cuando se cansa de estar aquí, se vaya a otras manos.

—¿Usted cree que nacemos con miedo?

—No, se nace sin palabras. Luego nos las enseñan para nombrar todo aquello que desconocemos. Una tiene que ir inventando sus propios sentimientos para que el coyote de la cobardía no se coma el corazón que casi siempre nace iluminado» (p. 89).

«—Todas las vidas son iguales, la diferencia está en cómo las contamos, si con los ojos abiertos o cerrados.

—¿Tú cómo le haces?

—Bien abiertos, bailando y amando cada día, mi niña. La revolución de las mujeres no es solo guerra, es también poesía. Si eliges cambiar el mundo, tienes que decidir aprender a gozar cada instante de dulzura y a pelear en cada momento de dolor e injusticia. La alegría interior es una fuerza absolutamente revolucionaria» (p. 161).

«De pronto parece que por obra de magia debo tener muy claro qué voy a estudiar, a qué me voy a dedicar y qué tipo de adulta quiero ser, tener una especie de convicción de futuro que no hace sentido con mi realidad. Lo único que tengo claro es que no me voy a casar y mucho menos quiero traer a este mundo a una criatura más» (p. 289).

## LA LIBERTAD POSPUESTA

Desde sus primeras páginas, la novela perfila una idea persistente y punzante: la libertad de las mujeres se encuentra sistemáticamente negada, incluso en aquellos espacios que se proclaman emancipadores. A través de la mirada de Julieta y de las conversaciones que presencia, se revela una estructura de desigualdad que atraviesa tanto la esfera privada como la política. El movimiento estudiantil, lejos de constituir un espacio plenamente igualitario, reproduce jerarquías donde los hombres conservan el control y relegan a las mujeres a roles secundarios, evidenciando que la lucha por la justicia social no siempre incluye una transformación real de las relaciones de género.

La libertad, en este contexto, aparece como un horizonte constantemente aplazado. Las mujeres no solo deben enfrentarse a la violencia estructural del Estado, sino también a la resistencia de

sus propios compañeros, quienes temen perder privilegios a pesar de sus aparentes ideales progresistas. Frente a ello, emerge una conciencia crítica que cuestiona los límites de esa supuesta igualdad y reivindica una libertad que no pase por la subordinación ni por la imitación de modelos de poder masculinos.

«—Tenemos que hablar con los líderes de comité para hacerlos creer que es su idea que una de las compañeras esté dentro de la mesa directiva —dice mi madre con voz pausada mirándolas a todas—. Los compañeros quieren igualdad solo entre ellos y los hombres de poder, nos siguen viendo como accesorias en la lucha. Quieren cocineras, novias, amantes, mensajeras y coartadas con minifalda. Ya sabemos que no les gusta nuestra forma de liderazgo, no podemos perder más tiempo, se avecinan días difíciles.

—¡Pues que se chinguen! —dice Yaretzi—. La lucha es por la igualdad, ¿qué pinche democracia creen que queremos si no mandamos también nosotras? Lo que quieren es tener poder. Nosotras queremos poder para ser libres, no para dominar. El otro día se lo dije al españolito Marcelino Perelló y se me quedó mirando como un burro que no entiende. Intelectuales cuando les conviene, si no que le pregunten a Elena Garro lo que se tiene que callar por estar casada con uno de ellos» (pp. 20-21).

«—Ah, ahora no eres libre. Si has hecho siempre lo que has querido.

—No, lo que he podido, no seas idiota, Fernando. Las mujeres hacemos lo que podemos, elegimos desde una restricción que ustedes desconocen.

—¿Nosotros? Pero si los hombres no inventamos las reglas.

—Nunca escogemos desde la libertad, sino desde las opciones que los hombres pusieron sobre la mesa de juego desde hace siglos —mamá habla con una cal-

ma asombrosa sin quitarle los ojos de sus pupilas—, los que no están con nosotras, están con ellos en su silencio cómplice» (p. 84).

«—Estamos en esta batalla para que ustedes tengan los mismos derechos que nosotros. La diferencia es que, si los hombres nos cansamos, regresaremos a nuestro lugar y estaremos cómodos trabajando, en las calles, las universidades y las cantinas. Si ustedes se rinden, las van a regresar a todas a donde no hay derechos para ninguna» (p. 96).

«—¿Tú crees que algún día los hombres entiendan que su mundo no se acaba si el nuestro, o sea, el de las mujeres, se vuelve mejor y más seguro?

—No lo sé, mi amor, eso espero. Es difícil porque los han educado para protegernos de los hombres violentos. Y si paramos la violencia ya no serán héroes de nadie, tendrán que trabajar en ser buenas personas todos los días y eso no es épico» (p. 336).

## LA DESCENTRALIZACIÓN DEL AMOR

«Creo que estoy aprendiendo a distinguir eso que ellas llaman los territorios propios, los compartidos y los acompañados; no en todos tiene un lugar la pareja que amas, porque si él los ocupa todos, dice doña Sabina, pierdes tu centro» (p. 219), reflexiona Julieta, y esta cuestión se hilvana durante toda la novela con las existencias del resto de los personajes, donde las relaciones afectivas se convierten en un espacio clave desde el que repensar el amor, alejándolo de su concepción tradicionalmente posesiva para situarlo en un horizonte más amplio y emancipador. A través del aprendizaje de la protagonista junto a las mujeres de su entorno, como su madre, su abuela, sus tías y sus amigas, se configura una idea del amor que no aspira a ocuparlo todo, sino a convivir con otras dimensiones esenciales de la vida.

Lejos de la centralidad absoluta de la pareja, el relato propone una lógica distinta: la del equilibrio entre distintos territorios —los propios, los compartidos y los acompañados— donde el vínculo encuentra su lugar sin imponerse sobre los demás. En este sentido, el amor romántico deja de ser el eje que organiza la existencia para convertirse en una parte más de un entramado afectivo más complejo, donde la autonomía personal no se sacrifica, y se amplifica profundamente al ámbito de la amistad (la sororidad entre mujeres es eje central del libro) o al amor materno-filial.

«Mamá y yo vamos en una esquina cargando la punta de la manta de las mujeres de Medicina. Miro hacia arriba, solo veo caras de mujeres fuertes, emocionadas. Escucho las consignas y las repito. En un

instante, mamá baja la mirada, con las manos sostiene la manta y yo la imito. Mis ojos se detienen en el cordel rojo que nos une, observo los nudos, son más de los que nunca había visto. Nuestras miradas se cruzan, las pupilas de mamá están cargadas de poder, las mías de sorpresa. Su poder y mi sorpresa nombran el futuro en silencio» (p. 43).

«Siento el cuerpo vibrar, una alegría líquida me recorre desde la cabeza hasta los pies. Creo que mis amigas son la fuente de la felicidad y ellas provocan que en mí se origine igualmente un amor indestructible, ese que por dentro fluye y arroja luz, ganas de vivir, de romper este mundo para inventar otro. Somos gotas de agua que juntas serán marea, océano, huracán y tormenta siempre que haga falta» (p. 174).

«Toma de mi buró *Alicia en el país de las maravillas*, se quita los zapatos, se recuesta a mi lado con sus pantalones y camisa de cumpleaños, comienza a leerme mientras acaricia mi pelo, entra mamá,

se recuesta del otro lado de mi cama, acurrucada conmigo, posa su mano en mi pecho sintiendo mi corazón, pienso por un segundo que tal vez yo, mientras crecía dentro de su cuerpo, antes de nacer, intentaba tocar su corazón y contar sus latidos como ella lo hace ahora. Caigo en cuenta de que una hija es en verdad la extensión orgánica y vital de su madre, que las madres son una especie de diosas de la creación humana» (p. 324).

«Estoy paralizada, sentada en la cama de la abuela. De pronto levanto el teléfono sin pensar, marco rápidamente mientras miro a mi alrededor. Gabriela contesta con una voz alegre, le pido que venga a casa de mis abuelos, que es urgente, asunto de vida o muerte, me dice que sale para acá, respondo que debo colgar. Necesito a mi mejor amiga para no enloquecer, allá afuera las personas adultas se inventan respuestas que no tienen, no quiero mentiras, solo ternura, que mi amiga me acompañe con su miedo, que reconozca el mío como es» (p. 343).

## LA VIDA QUEBRADA

En el trasfondo de la novela, la experiencia de Julieta pone en relieve la idea de que la vida puede quebrarse antes de tiempo, obligando a una madurez precoz en medio de un entorno atravesado por la inestabilidad. Su adolescencia no solo está marcada por la agitación política y la violencia del contexto histórico, también por los propios procesos de crecimiento: el descubrimiento del deseo, las primeras relaciones amorosas y la búsqueda de un lugar en el mundo. Tanto la dimensión íntima como la colectiva se entrelazan, acelerando un tránsito hacia la adultez que no admite interrupciones.

La obra sugiere que esa fractura no es excepcional, sino constitutiva de la experiencia vital. Incluso en los momentos donde brotan la ternura o la ilusión, persiste la conciencia de que todo puede romperse de forma abrupta. Por ello, Julieta oscila entre instantes de ligereza, donde la vida parece simple y luminosa, y otros en los que la incertidumbre se impone con fuerza, proyectando la duda sobre el futuro.

En esa tensión constante, la protagonista aprende que crecer implica habitar la contradicción; aceptar tanto la fragilidad como la belleza de lo vivido. La madurez,

lejos de ser una conquista serena, aparece como una adaptación urgente a un mundo inestable, donde sostenerse requiere aprender a convivir con la ruptura sin renunciar, aun así, a la posibilidad de que algo florezca.

«Así fue como un día de 1968 descubrí que el gobierno había matado mi infancia y a pesar de todo seguí siendo niña. La inocencia la perdí más tarde, cuando comencé a creer en un futuro diferente y aprendí a vivir mi adolescencia entre el amor y la muerte» (p. 11).

«Supongo que luego de que la muerte te mira a los ojos, o tú la miras a ella, el alma descubre el lenguaje de la oscuridad y ya jamás puedes volver atrás, aunque

tengas catorce años y te creas una chica madura. No importa la edad, la muerte provocada por otros humanos en la guerra contra los cuerpos y las ideas arroja al aire una suerte de odio que se convierte en lenguaje, el del odiante y el de la persona condenada al desprecio mortal» (p. 106).

«Hay días en que la vida parece sencilla y todo es tan suave como comerse un helado de limón a media tarde, acariciar a un perrito por la calle, ver las nubes de jacarandas florecer por la ciudad como si fuésemos un país feliz. Y otros días en que parece que un eclipse se adueña de la luz de la mañana y nos preguntamos si tendremos un futuro para ser felices» (p. 285).

## LOS PERSONAJES

### JULIETA

Nacida a mediados de los años cincuenta, Julieta López Monteiro atraviesa la adolescencia en el México convulso de 1968. Con apenas catorce años, se mueve en un territorio inestable entre la infancia y una madurez que llega demasiado pronto, intentando afirmarse en un entorno que tiende a menguarla. Delgada y de facciones aniñadas, en su interior se va formando, sin embargo, una conciencia cada vez más compleja y crítica. Su identidad está atravesada por vínculos familiares intensos y contradictorios. Con su padre arrastra una distancia emocional persistente: lo siente cercano en los gestos, pero lejano en la capacidad de aceptarla libre. Con su madre la relación es ambigua: comparten valores, un lenguaje y un mismo impulso de lucha, pero también una fricción constante. Julieta la comprende y admira su fuerza, pero a veces siente que esa intensidad la arrastra también a sí misma, como si sus propias convicciones no fueran del todo suyas, sino heredadas o impuestas por el ejemplo materno. En ese cruce de tensiones, la escritura y la fotografía se convierten en una forma propia de pensar el mundo. Testigo de reuniones clandestinas de mujeres latinoamericanas que desafían tanto al sistema como al machismo interno de los movimientos de izquierda, entiende que su búsqueda de identidad está inevitablemente ligada a una lucha colectiva. Narrarse se vuelve, así, una forma de resistencia y de afirmación personal.

«“Casarse con una feminista tiene lo suyo, es mejor no discutir, hay que saber elegir las batallas”, escuché decir a papá un día cuando jugaba dominó de domingo con mis tíos y ellos le preguntaban qué se sentía estar con una mujer tan rara. Para los hombres mi madre era rara, una forma sutil de llamarla loca. Como yo me parezco tanto a mi madre, cuando sea mayor seguramente los hombres también pensarán que soy loca o rara, que es lo mismo» (p.25).

### CLARA

Clara Monteiro Tristán, madre de Julieta, atraviesa la treintena marcada por el desarraigo y las revueltas sociales. Hija de una española y un portugués exiliados, su identidad se forja entre la memoria y el compromiso con sus coetáneas. Alta, de piel olivácea y rasgos mediterráneos, su presencia exhibe una elegancia que combina con su carácter firme. Psicóloga y feminista, Clara forma parte de un círculo de mujeres intelectuales que impulsan los cambios sociales en el México de la época. Carismática y reivindicativa, defiende los derechos de las mujeres con convicción, pero su vida privada encierra una tensión constante: está casada con un hombre de familia militar, cuyos valores contradicen los suyos. Entre el amor, la lealtad y la ideología, vive un conflicto íntimo que nunca termina de resolverse. En su relación con Julieta, busca transmitir su pasión por la lucha y el activismo, sin percibir a menudo el deseo de su hija de construir una identidad propia. Clara, consciente de sus propias contradicciones, se piensa como una mujer múltiple: alguien que habita varias vidas a la vez, en equilibrio inestable entre la militancia, la maternidad y su propia búsqueda personal.

«—Me siento culpable, yo lo elegí como marido y como tu padre. Odio que estés triste, mi niña. —Estira la mano para tocar la mía, la mantiene así un momento.

—No, ma, tú lo elegiste de marido, pero él eligió ser un padre mediocre, ausente, cobarde.

—Tiene muchas cualidades, es un buen hombre y nos quiere, pero no puede, o no quiere, comprometerse con nuestras causas. La valentía, como la bondad, es una elección en la que ganas y sacrificas.

—Y hay quienes no quieren sacrificar... Pero ¿lo quieres todavía o ya no? —una angustia arrebató la claridad de mi voz.

—Para amar a un hombre necesito admirarlo, las cosas se complican cuando quieres, pero ya no amas; hay que buscar razones para seguir juntos y se me agotan los lugares dónde buscarlas» (p. 326).

**FERNANDO**

Perteneciente a una estirpe de militares, Fernando López Álvarez, padre de Julieta, ha crecido bajo el peso de una tradición familiar marcada por la disciplina, la jerarquía y el deber. Alto, delgado y de postura impecable, fruto de una educación castrense, su carácter oscila entre la rigidez heredada y una sensibilidad que lo distingue del resto de su linaje. Fernando es, ante todo, un hombre atravesado por las contradicciones. Ama profundamente a su esposa y a su hija, dos presencias que desbordan cualquier estructura que su familia considera aceptable. En su interior conviven el afecto y la lealtad a los suyos con la incomodidad que le generan las marchas, los movimientos sociales y las ideas de igualdad que él, en parte, también ha llegado a cuestionar. Amante de la poesía (especialmente, de autores como Miguel Hernández o Carmen Conde), tiende a refugiarse en lo cotidiano, evitando los grandes conflictos. Su familia, sin embargo, lo considera un hombre extraño, demasiado blando para el destino que le corresponde. En él habita un equilibrio frágil entre la herencia militar y el deseo de imaginar un mundo más igualitario para su hija.

«Pienso que estamos inventando una vida nueva, que cuando yo sea mayor iré a la universidad y ya no tendré que hacer pancartas ni juntar a mis amigas para salir a las calles a gritar libertad, que paren las guerras y esas cosas, porque mamá dice que cuando yo crezca ya seremos libres, con derecho a lo mismo que tienen los hombres. Papá asegura que tal vez tardará más, pero que algún día las mujeres podremos estudiar, trabajar y ganar igual que ellos. Él dice que espera que yo no tenga que depender de ningún hombre, que desea que sea feliz para elegir» (p. 15).

**GABRIELA**

Gabriela, la mejor amiga de Julieta, irrumpe en su vida un día en el patio del colegio: cuando un balonazo la golpea y las burlas comienzan a propagarse, ella es la única que se interpone sin dudar. Desde entonces, el vínculo entre las dos es un refugio. Más mayor y segura de sí misma, Gabriela protege a Julieta de un mundo que la señala por su delgadez, su timidez y sus diferencias. Por ser una «chica rara». Con unos padres ausentes y ensimismados en sus propios mundos, está envuelta en una extraña orfandad. Sin embargo, ha aprendido a construir en la amistad el hogar que le falta. Su madre, frágil y distante, se pierde en la poesía; en cambio, Julieta es para Gabriela la amiga que resiste, firme y leal.

«—No llegó al parto, estaba trabajando por la salud de sus pacientes. Lo que hizo fue darle pastillas para dormir y luego, dice mamá, pastillas para aguantar

la vida, así que desde que nací toma pastillas de día y de noche. Creo que mi mamá vive una vida equivocada y cuando eso pasa tienes siempre ganas de morirme, porque te equivocaste de esposo, de casa, de país, de historia, hasta de hija» (p. 228).

### JUAN

Alto y delgado, con una melena negra que le cae hasta los hombros, Juan, el novio de Julieta, es un adolescente al que le gusta el rock, la poesía y la música barroca. En él conviven dos fuerzas opuestas: la estética rebelde de quien toca en un grupo, y la timidez frágil del artista. Se enamora de Julieta casi desde el primer momento, y juntos comienzan a explorar el vértigo del deseo y el descubrimiento del primer amor. Entre risas, canciones y versos compartidos, construyen su propia intimidad. Sin embargo, Julieta intenta arrastrarlo también hacia su otro mundo: el de la revolución, donde ella ya no es una niña, sino una joven que piensa y lucha. Con el tiempo, esa diferencia se hace evidente. Juan, aunque sensible e inquieto, no logra sostener el mismo impulso transformador. En él aparece una sombra conocida, una forma de renuncia que Julieta reconoce: la de quienes observan el cambio desde la orilla, sin atreverse del todo a provocarlo.

«Juan comienza a cantar una canción nueva de un señor español: *Tu nombre me sabe a yerba, de la que nace en el valle a golpes de sol y de agua, tu nombre me lleva atado en un pliegue de tu talle...* Me mira mientras canta, el pelo le cae sobre los ojos, está encorvado, tiene una voz melodiosa inesperadamente masculina. Cruzo las piernas sin dejar de mirarlo, me doy cuenta de que estoy empapada, la costura de la entrepierna se ha metido entre mis labios. Los demás hacen el coro aprendiendo la canción, Juan se retira el pelo con la mano y se me queda mirando. Sonríe, en ese instante preciso yo tengo un orgasmo, así, mientras sus ojos me miran con deseo, mis ojos lo miran con desesperación; su deseo y mi desesperación se anudan» (p. 52).

### ELODIA

Escindida entre dos mundos irreconciliables, la tía Elodia aparenta ser la esposa perfecta: discreta, devota, la mujer que acude a misa los domingos y encarna los valores conservadores que su entorno espera de ella. Casada con un militar de temperamento peligroso, convive con el miedo que se impone en una casa donde las armas y la autoridad pesan más que las palabras. Sin embargo, bajo esa fachada habita otra mujer: valiente, lúcida, parte secreta del movimiento

feminista al que sirve como espía. Entre ambas surge una tercera versión de sí misma, moderna y elegante, cómplice. En su interior persisten varios anhelos: haber estudiado, escribir poesía, y poder vivir, algún día, como una mujer libre.

«La tía Elodia está irreconocible, jamás la había visto así, libre, simpática, relajada, tomando mezcal, y sobre todo me llama la atención que es la primera invitada en contar una anécdota graciosa sobre Lucero. Nos hizo reír, me conmovió darme cuenta de lo aterrada que vive en esa jaula militar que es su hogar. Me pregunto cuántas veces se dará la oportunidad de escaparse y ser otra. Ahora que lo pienso, tiene tres personalidades: la esposa perfecta y conservadora, la espía feminista y la amiga moderna y elegante que va a la sierra de Huautla con abrigo, pantalón de lana y botas de montar como una señora rica de película» (p. 209).

#### LUCERO

Lucero Navarro, la inseparable amiga de Clara, irrumpe siempre con una presencia imposible de ignorar: alta, nortea, con los labios de un rojo intenso y un delineado negro que agranda su mirada hasta volverla magnética. Muchos dicen que les recuerda a Elizabeth Taylor. Una mujer libre y enigmática que marcará un antes y un después en la vida de Clara y en las marchas del 2 de octubre de 1968.

«Papá dice que a Lucero le gusta mucho el alcohol porque tiene miedo de estar sobria pues es hipersensible, el alcohol, dice papá, la anestesia. Yo prefiero como mamá y papá estar sobria, además soy una niña y no tengo miedo de sentir. Papá también dice que Lucero es una mujer confundida porque tiene muchos novios. Mamá le responde que no hay confusión en el atrevimiento de mi tía para disfrutar a un hombre, o varios, que entiendan el lenguaje de las mujeres salvajes» (p. 14).

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. La novela sigue el proceso de crecimiento de Julieta en un contexto de fuerte agitación política y social en el México de finales de los años sesenta. ¿Cómo se construye su identidad a lo largo del relato? ¿De qué manera influyen en ese proceso sus vivencias íntimas, su despertar emocional, la relación con sus padres y con las amigas de la madre y su contacto con la militancia? ¿Qué peso adquieren las tensiones familiares —especialmente el conflicto entre los valores de sus padres— en la forma en que Julieta se piensa y se define?
2. La obra presenta «la configuración del yo» como algo inestable y en permanente construcción. ¿Qué papel juegan la experiencia colectiva, las reuniones clandestinas y los espacios de militancia en la manera en la que Julieta se piensa a sí misma? ¿Hasta qué punto logra diferenciar sus propias convicciones de aquellas que han sido heredadas de su entorno, fundamentalmente de las que ha adquirido de Clara, su madre?
3. Desde el inicio, se plantea que la libertad de las mujeres está limitada incluso dentro de los propios movimientos progresistas. ¿Cómo se representa esta libertad siempre aplazada? ¿Qué contradicciones internas del movimiento estudiantil o de izquierda resultan más evidentes? ¿Cómo reaccionan los diferentes personajes femeninos ante esas tensiones?
4. A lo largo de la novela, vemos cómo las mujeres del círculo van tejiendo distintas redes de apoyo, complicidad y resistencia. ¿Qué importancia tienen esos vínculos frente a las estructuras de poder tradicionales? ¿Se presentan únicamente como espacios de contención o también como una forma alternativa de acción política?
5. En relación con lo anterior, ¿cómo se define la rebeldía en la novela: es solo una respuesta al sistema opresivo o también una forma de construcción personal, afectiva e incluso estética? ¿Cómo se manifiesta esa rebeldía

en Julieta y Gabriela? ¿Y en Lucero y la tía Elodia, mujeres tan diferentes entre sí?

6. El amor aparece como un concepto descentralizado y en constante revisión. ¿Cómo se cuestiona el modelo tradicional del amor romántico a través de las relaciones de Julieta y Juan? ¿Y de sus padres, Clara y Fernando? ¿De qué manera se redefinen en *Un halcón bajo mi ventana* los límites entre lo propio, lo compartido y lo acompañado?
7. ¿Cómo contribuyen al crecimiento de Julieta sus relaciones afectivas —familiares, amistosas y amorosas—? ¿Hay alguna que actúe como punto de inflexión en su desarrollo, que marque un antes y un después? ¿Qué aprende de cada vínculo? ¿Qué supone la aparición de Aurelio?
8. A lo largo de la novela aparece de forma insistente la idea de que la vida puede quebrarse en cualquier momento, como si toda estabilidad fuera, en el fondo, algo provisional. Si los personajes —y especialmente Julieta— asumen esa fragilidad constante, ¿cómo condiciona eso su manera de estar en el mundo? ¿Vivir con esa conciencia implica habitar un estado permanente de alerta y tensión? Y si es así, ¿qué ocurre entonces con la posibilidad de proyectarse hacia el futuro? ¿Cómo se construyen nociones como la seguridad o la confianza en ese contexto?
9. ¿Cómo se representa el paso de la adolescencia a la adultez en la novela? ¿Creéis que Julieta tiene la oportunidad de vivir una juventud *normal* o su contexto político y familiar la obliga a madurar antes de tiempo? ¿Qué ocurre en este sentido con el personaje de Gabriela?
10. En la obra conviven momentos de gran ternura con episodios de suma violencia, generando un contraste que se filtra tanto en la experiencia de los personajes como la del lector. ¿Qué función cumple esta tensión dentro del relato? En ese equilibrio inestable, ¿la ternura debilita o fortalece a los personajes?

11. La memoria histórica (como el exilio español retratado en las figuras de los abuelos, o las represiones del 68 y el 71 en México) atraviesa todo el relato. En este sentido, ¿cómo se establece el diálogo entre ese pasado colectivo y el presente que habitan los personajes? ¿De qué manera esas experiencias heredadas o transmitidas influyen en su forma de entender el mundo, en sus decisiones cotidianas y en sus posicionamientos políticos y afectivos? ¿Hasta qué punto los miedos, las lealtades y las formas de relación están determinadas por una memoria que no es únicamente personal, sino también histórica y familiar?
  
12. La novela sugiere que la lucha feminista no solo se dirige contra el sistema, sino también contra dinámicas internas de los propios movimientos. ¿Qué reflexión propone sobre estas contradicciones? ¿Cómo afectan a la coherencia de la lucha colectiva?
  
13. El lenguaje combina lo íntimo con lo político, lo cotidiano con lo histórico... ¿Cómo influye esta forma de narrar en la experiencia de lectura del texto? ¿De qué manera esa mezcla de registros modifica la relación del lector con la historia de Julieta? ¿Se produce una mayor cercanía con su mundo interior, permitiendo una inmersión más directa en sus emociones o, por el contrario, esa misma construcción introduce una distancia reflexiva que obliga a leer los acontecimientos desde una perspectiva más analítica?
  
14. A lo largo del relato, la amistad y la solidaridad aparecen como fuerzas transformadoras. ¿En qué momentos se vuelven esenciales para los personajes? ¿Qué tipo de comunidad se construye a partir de estos vínculos?
  
15. El título, *Un halcón bajo mi ventana*, introduce desde el inicio una imagen cargada de fuerza simbólica que puede leerse en relación con la violencia política y con las distintas formas de vigilancia, amenaza o tensión que atraviesan la historia. ¿De qué manera esa imagen inicial dialoga con los acontecimientos del relato y con la experiencia de Julieta y los demás personajes? Y, en un plano más amplio, ¿qué significado adquiere el título a medida que avanza la narración?

16. Finalmente, la obra puede leerse como un homenaje a la voz de las niñas y de las mujeres, entendida no solo como presencia narrativa, sino también como un acto de recuperación de experiencias históricamente desplazadas o silenciadas. ¿Qué lugar ocupa esa voz en la estructura de la obra: es un centro desde el que se organiza la historia, un hilo que la atraviesa o una perspectiva fragmentaria que se va construyendo a lo largo del texto? Y, en relación con el lector, ¿qué efectos produce esta forma de enunciación en la manera de entender la memoria, la identidad y la resistencia? ¿Contribuye a generar empatía, a activar una lectura crítica del pasado o a cuestionar las formas en que tradicionalmente se ha narrado la experiencia femenina?

## LA AUTORA



**LYDIA CACHO** (Ciudad de México, 1963) es periodista de investigación, escritora, editora, productora, guionista y activista social. Ha publicado cientos de artículos y ensayos sobre política y derechos humanos. Es autora de una veintena de libros, entre los cuales destacan *Los demonios del Edén: el poder que protege a la pornografía infantil*, *Memorias de una infamia*, *#Ellos-Hablan*, *Cartas de amor y rebeldía*, *El día que invadieron mi planeta*, sobre las vivencias de la niñez en la guerra ucraniana, y *Un halcón bajo mi ventana* (Lumen, 2026). Ha sido reconocida con diversos premios internacionales, entre ellos el PEN Pinter Prize, el Premio Mundial a la Libertad de

Prensa UNESCO/Guillermo Cano, el Premio a la Valentía de la International Women's Media Foundation, la Medalla Wallenberg a la Valentía, el Olof Palme Prize y el Nelson Mandela Changemaker Award. En 2023 fue reconocida por la Asociación de Escritoras y Escritores en Lengua Gallega como Escritora Gallega Universal. En 2025 se convirtió en la primera mujer civil en recibir la Medalla de Oro de la Sociedad Española de Investigación en Seguridad Global, y la Insignia de Oro de la Sociedad Española de Criminología y Ciencias Forenses. En 2026 recibió el Premio Internacional Humanismo Solidario Erasmo de Rotterdam.

## LA CRÍTICA HA DICHO

«Lydia Cacho logra construir una voz valiente, cargada de la suficiente inocencia como para arriesgarse a seguir luchando por lo que no debimos olvidar nunca: la verdad, el amor, la memoria y la justicia».

Dolores Reyes

«Una narrativa íntima y poderosa sobre el despertar político y sexual de una joven que reclama con su voz el lugar de las mujeres en una historia que intentó borrarlas».

Alfonso Cuarón

«Lydia se interna en los últimos años de los sesenta y nos permite verlos a través de los ojos de una niña que se vuelve mujer: una historia que es tantas historias, una novela que seguimos viviendo».

Martín Caparrós

«Las historias de Lydia Cacho no solo revelan las razones y los efectos de la crueldad humana; [...] escribe historias sobre la redención humana».

Guillermo Arriaga

«Una novela hermosa e importante, salida de la pluma más personal de una de las más desafiantes y valientes periodistas mexicanas».

Gioconda Belli

«Con *Un halcón bajo mi ventana* Lydia Cacho ha conseguido algo absolutamente sorprendente, el milagro de escribir una novela a su imagen y semejanza: una novela comprometida, femenina, feminista, libre, dura, tierna, sensual, salvaje... y muy muy sexy»

Isabel Coixet

«Con su voz única y necesaria, ardiendo entre la incertidumbre y la ilusión, Lydia nos ofrece una lección de amor y lucidez. Novela de formación, destinada a ser un nuevo clásico».

Alberto Ruy Sánchez

«Lydia Cacho es una tremenda escritora; sus libros son una inspiración en la búsqueda de justicia para las mujeres y la niñez».

Roberto Saviano

